

Tarde para morir joven

Dominga Sotomayor. Chile. 2018. 110 min. Color. v.o.e.



COMENTARIO

Existe un fenómeno curioso alrededor de los ritos de paso, cuando los vivimos, somos prácticamente incapaces de reconocer que aquella Nochevieja o verano olvidado de los noventa podría haber marcado la historia de nuestras vidas, pero es quizá el cine, en su brillante capacidad para ordenar narrativamente nuestros eventos vitales, quien con más fascinación ha sabido capturar estos momentos de cambios: de la niñez a la adolescencia, de la adolescencia a la vida adulta. Este es el trayecto que ha seguido la filmografía de la cineasta chilena Dominga Sotomayor, que tras brindarnos una bella y sutilmente desgarradora *coming of age* con *De jueves a domingo*, salta al siguiente eslabón para abrazar toda la intensidad del fin de la adolescencia marcada nuevamente por la disfuncionalidad familiar, enmarcándolo en un mágico verano de la Chile que salía de la dictadura para dar sus primeros pasos en la democracia. Un halo de nostalgia y colores suaves empieza a envolvernos a medida que la cámara se posa y da espacio a los muchos personajes que componen este fresco vital dibujado por la galardonada realizadora.

En el marco de una comuna apartada de la gran urbe, sus miembros y habitantes empiezan a prepararse para una Fiesta de Fin de Año que, a cualquier persona que haya crecido en el hemisferio norte, verá con una descolocación estacional fascinante. Es aquí cuando los ecos del cine de Lucrecia Martel se hacen más palpables a medida que avanzamos en el tiempo y en las vidas de los protagonistas para descubrir otra capa que se esconde tras las cálidas imágenes de la convivencia comunal. El idilio deja paso a una tristeza y oscuridad que cada vez más se va adueñando de las historias de los personajes. El amor no correspondido, la pérdida de la inocencia, la desestructuración de la familia y hasta la lucha de clases hecha metáfora perruna. Una nostalgia que embellece a nivel formal y arrebatada en lo narrativo, el paso y

FICHA TÉCNICA

Título original: Tarde para morir joven.

Nacionalidad: Chile. **Año de producción:** 2018.

Dirección y guión: Dominga Sotomayor.

Producción: Rodrigo Teixeira, Violeta Bava, Stienette Bosklopper.

Productor: Coproducción Chile-Brasil-Argentina-Países Bajos (Holanda)-Qatar; Cinestación / RT Features / Ruda Cine / Circe Films.

Fotografía: Inti Briones.

Montaje: Catalina Marín Duarte.

Ayte. de dirección: Ignacia Ilabaca, Juan Francisco Rosas.

Música: Sokio

Sonido: José Caldarro, Roberto Espinoza, Julia Huberman.

Intérpretes: Demian Hernández, Antar Machado, Matías Oviedo, Antonia Zegers, Eyal Meyer, Magdalena Tótoro, Alejandro Goic, Andrés Aliaga, Gabriel Cañas.

Duración: 110 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

La democracia vuelve a Chile el verano de 1990. En una comunidad aislada, Sofía (16), Clara (10) y Lucas (16) se enfrentan a sus primeros amores y miedos mientras se preparan para la fiesta de año nuevo. Puede que vivan lejos de los peligros de la ciudad, pero no de los de la naturaleza.



peso del tiempo capturados por la cámara certera de la cineasta chilena. La talentosa realizadora chilena de *De jueves a domingo* (2012) y *Mar* (2014) ganó el premio a Mejor Dirección en el reciente Festival de Locarno con esta película un film ambientado en el verano de 1990, durante los días finales del pinochetismo. *Tarde para morir joven* deja el hoy para ir hacia el ayer, hacia la obra anterior de la joven cineasta chilena –la película ha sido definida como una secuela espiritual de su ópera prima, *De jueves a domingo*–, y hacia su propia vida, con ciertos elementos de carácter autobiográfico.

La acción del film transcurre en un espacio concreto y en un tiempo aún más determinado, pero remite a cualquier lugar y a cualquier época. Diciembre de 1989 y principios de 1990, por ejemplo. Aprieta el calor del verano austral. En la periferia rural de Santiago de Chile una comunidad de amigos o familiares parece ajena a los cambios que está experimentando su país... y aun así, todo está cambiando entre sus miembros.

Unos meses antes, el pueblo censado votó en referéndum plebiscitario que

Augusto Pinochet debía abandonar el poder. Un año antes, el mundo oía por primera vez los acordes del éxito pop *Eternal Flame*. Y resulta que una efeméride está directamente ligada a la otra. En este encuentro de mareas teóricamente irreconciliables se mueve la protagonista de esta historia, no una chica, sino más bien una juventud que está tomándole el gusto al aprendizaje vital. Ni niñas ni mujeres; ni nenes ni hombres. Los personajes centrales de esta historia llaman pero no atraviesan las puertas de la edad adulta. Un trayecto en moto, una pitada a un cigarrillo, una respuesta fuera de tono... Es el placer incomparable e irreplicable de las primeras veces. Los aires de libertad que emanan de la ciudad se reciclan en el viento y los ríos que recorren la geografía revisitada por Sotomayor. Prácticamente todo en su película brota y fluye con la misma naturalidad: una madre se acerca a su hija y le muestra un cuadro que ha pintado ella misma. Una imagen estática es abrazada por otra en perpetuo movimiento. Del mismo modo, los recuerdos se descongelan y se mueven. Como si fuera ayer. Es el milagro de la atemporalidad, conseguido esto mediante alquimia cinematográfica.

Pero sigue: un chico, en el fondo de la imagen, mueve el esqueleto como si no hubiera mañana. Dos caballos salen de la cuadra y trotan alegremente por el campo mientras un puñado de hombres deciden por dónde va a pasar el cableado que traerá la contaminación lumínica a sus vidas. El pasado revive a través de la composición de las imágenes. Cada plano está lleno de vida, rebosa detalles que piden nuestra atención, y aun así, respira. Lo permite, mayormente, la pausa con la que Sotomayor contempla a sus criaturas, como si mirase al espejo para darse cuenta de que el reflejo actual se ha construido con los reflejos de antes.

Un elemento que funciona como un complemento a la narrativa y a la concepción de toda la película, son las canciones que acompañan a los personajes y a sus interacciones. La directora pensó en un filme “muy musical”. Escribió el guion y construyó los personajes preguntándose qué géneros y artistas les gustaría escuchar. Y cómo estos gustos los construye como personas. La banda sonora es ecléctica: se nutre de artistas como Michael Jackson, Los Prisioneros, Vilma Palma e Vampiros, hasta de música protesta.

Es oficial: ya es tarde para morir joven. Dominga Sotomayor busca el calor de esa verdad humana, de esa pura e incontenible erupción biológica, la sonrisa que surge al comprobar, mirando hacia atrás, que nuestro espíritu también estuvo ahí.

<https://www.filmin.es/blog/cronica-gijon-2018-tarde-para-morir-joven-corre-perro-corre>
Eloide Mellado. 22 de noviembre
<https://www.otroscines.com/nota-13929-critica-de-tarde-para-morir-joven-de-dominga-sotomayor>
Victor Esquirol 25-10-2018